

LA CONQUISTA ARISTOTÉLICA DE LAS EMOCIONES

Pablo Quintanilla
PUCP

Me parece apropiada la metáfora de una *conquista* de las emociones de parte de Aristóteles. De un lado, porque Aristóteles es el primer autor que intenta explicar las emociones de una manera racional. Para algunos contemporáneos de él, esto podía sonar extraño, si es que no una tarea imposible, pues las emociones solían ser vistas como fuerzas inexplicables y casi mágicas. Al ser enviadas por los dioses, eran consideradas indomables e incluso irracionales, encontrándose en un nivel diferente e inconmensurable con lo racional. Sin embargo, Aristóteles pretende elaborar una *explicación racional* de ellas al integrarlas con los elementos cognitivos, es decir las creencias, que están presentes cuando “padecemos” una emoción. De otro lado, Aristóteles conquista las emociones porque no sólo pretende explicarlas sino también se propone integrarlas a su ética, elaborando una *therapeía tes psychés* mediante una *therapeía tes pathés*, literalmente esto significaría algo así como un cultivo del alma mediante un cultivo de las emociones.

Pero antes de discutir la manera como Aristóteles concibe las emociones, quizá será conveniente describir brevemente la concepción que los griegos en general solían tener acerca de ellas antes de Aristóteles, lo cual nos va a obligar a hacer un cierto recorrido etimológico. La palabra griega para lo que hoy nosotros denominaríamos mediante las palabras ‘emoción’, ‘afecto’, ‘pasión’, etc., es *pathos*, que fue traducido por los latinos por *affectio* y que en castellano significa “lo que afecta a uno”, “ser afectado por algo” o “afección”. Por eso es que algunas de las palabras castellanas con raíz de *pathos*, como ‘padecimiento’, ‘patológico’, etc., tienen la connotación negativa de una ‘afección’ en el sentido de una ‘enfermedad’, pero el término griego no tiene necesariamente esa connotación.

Sin embargo, un punto importante que hay que notar, es que *pathos* tiene un claro significado pasivo (es más, ‘pasivo’ también viene de *pathos*), es decir, uno es *afectado* por las emociones, que son cosas que vienen de fuera, no desde dentro.

Somos ‘invadidos’ desde fuera por emociones que irrumpen en nosotros. Esto es importante, porque para los griegos pre-aristotélicos, considérese por ejemplo los personajes de Homero, uno no es moralmente responsable de sus emociones, como sí lo es uno en la tradición cristiana, porque uno no tiene voluntad ni libertad para tener las emociones que tiene. Son los dioses los que nos envían las emociones, como también nos envían dichas o desdichas. Por el contrario, con la reformulación que Aristóteles hace de las emociones, somos moralmente responsables de nuestras emociones y de nuestras creencias, con lo cual la ética también incluye el *cuidado* de nuestros afectos.

Esta contraposición resulta interesante porque en términos generales no existe concepto de voluntad en el mundo griego antes de aproximadamente el siglo V a.C. Así por ejemplo, los personajes de Homero no actúan por libre voluntad sino manipulados por los dioses; de hecho no hay un concepto claro de culpa ni de responsabilidad moral en ellos. El concepto de voluntad comienza a aparecer con los primeros trágediógrafos, Esquilo, Sófocles y Eurípides, quienes describen personajes que tienen “una doble motivación”, como lo llama Albin Lesky, es decir, sus acciones están fundamentalmente causadas por el destino o la voluntad de los dioses, y sólo en menor medida por su propia voluntad, que va apareciendo tímidamente como concepto y como experiencia. Será nuevamente con Aristóteles con quien se desarrolle más ampliamente el concepto de voluntad, que en su griego se decía *boúlesis*.

El punto es que para el griego arcaico las emociones vienen de afuera, es decir tienen una causa externa al individuo, como la locura, y son cosas que nos afectan, que nos mueven. De hecho, ‘emoción’ viene del latín *emotio-nis* que viene de *motum* que es precisamente ‘movimiento’, con lo cual una emoción es algo que nos con-mueve, que nos per-turba, que nos moviliza. En lengua castellana, ‘emoción’ se tiene registrado recién desde el siglo XVII, según el diccionario de Martín Alonso, con el significado de “agitación del ánimo”, lo que muestra que se mantiene en el castellano la connotación de movimiento.

Así pues, para el griego arcaico no sólo no somos responsables de nuestras emociones sino, además, estas son entendidas como fuerzas irracionales, incomprensibles, inexplicables, que irrumpen en nosotros sin previo aviso. Aquí se evidencia este sospechoso aspecto de la tradición occidental, que ve lo emocional como un aspecto del ser humano inconmensurable con lo cognitivo o lo racional, como si fueran dos facultades que viajan en paralelo, a veces manteniendo relaciones conflictivas entre sí, pero estando básicamente en niveles diferentes. Es en este contexto que aparece la teoría aristotélica de las emociones, que pretende no sólo explicar sino también cultivar las emociones.

Pero la pregunta que debiéramos plantearnos ahora es por qué desea Aristóteles explicar las emociones y qué pretende hacer con ellas. Aristóteles dedica a este tema el libro segundo de la *Retórica*, escrito probablemente en el año 365 a.C. En gran medida, su objetivo en ese texto es elaborar una teoría sobre la

persuasión, pero no sobre la persuasión como fin en si mismo, sino con un fin epistemológico y uno ético. El epistemológico tiene que ver con el objetivo de persuadir hacia la adquisición del conocimiento, mientras que el ético tiene que ver con la formación de uno mismo, con la formación del alma, como lo diría Aristóteles, es decir, como una especie de *therapeía tes psychés*.

Persuadir a alguien es inducirle a aceptar ciertas creencias que nosotros por alguna razón deseamos que él acepte. Ahora bien, la mejor manera de persuadir a alguien es infundiéndole aquellas emociones que permitirán o facilitarán que esa persona acepte las creencias que queremos generar en él. Por eso, para Aristóteles es necesario explicar qué son las emociones y cómo es posible generarlas en el otro. Como un dato adicional, la palabra que emplea Aristóteles para creencia es *pistis*, que significa especialmente confianza, fe o afirmación dubitativa, incierta y problemática.

Aristóteles entiende la *persuasión* de esta manera: el discurso es persuasivo cuando tiene la habilidad de transformar los contenidos más abstractos de la argumentación a figuras más fácilmente comprensibles por el entendimiento. Para expresar eso Aristóteles usa las metáforas de la visión tan caras a Platón y, en general, a la tradición griega. Dice que el discurso persuasivo “pone ante los ojos” o “hace que salte a la vista” el contenido del discurso. (*Retórica*, III, 1410b34, 1411b 24-25). Y sostiene que la mejor manera de hacer esto es empleando buenas metáforas, es decir, encontrando e iluminando conexiones y asociaciones inesperadas entre cosas o conceptos diversos.

¿Pero como podrá Aristóteles *explicar* las emociones? Su estrategia será vincularlas con creencias. De esta manera logra dos cosas: por una parte, las puede explicar racionalmente, y por otra parte las puede diferenciar. Pero, sobre todo, lo que hace Aristóteles es rechazar la idea tradicional según la cual lo racional y lo emocional son aspectos inconmensurables del ser humano. Aristóteles no sólo sostendrá que las emociones se forman sobre la base de estructuras cognitivas, es decir, creencias, sino también afirmará que las creencias adquieren un significado u otro, así como uno adopta una creencia u otra influido por sus emociones. Así, por ejemplo, en la *Retórica* I, 1, 1358 a 14 dice “no hacemos los mismos juicios estando tristes o alegres, o cuando amamos que cuando odiamos”.

Por otra parte, hay un objetivo práctico que hereda de Platón. En el *Fedro* se dice que “la virtud del discurso es conducir a las almas (*psychagogein*)”, por lo cual “quien quiera enseñar seriamente retórica deberá describir el alma con toda la exactitud posible”. (*Fedro*, 271 a - 272b). El objetivo de describir el alma lo realizará en el *Peri psychés* o *De Anima*), que es su tratado acerca del alma y es el primer libro de psicología jamás escrito, así como uno de los más hermosos.

Pero probablemente hay otra razón, más acorde con el estilo y espíritu de Aristóteles, para elaborar una teoría de las emociones. Se trataría de elaborar una teoría de lo mental que incluyese descripciones objetivas de fenómenos subjeti-

vos. Este tratamiento objetivo de lo subjetivo es el empleo del modelo de la “causalidad psicológica”, esto es, el estudio del tipo de causas que provocan ciertos estados mentales. Estas causas son fundamentalmente creencias. Vamos a detenernos en este punto unos minutos.

Al leer el análisis que hace Aristóteles de las emociones hay que tener en cuenta que Aristóteles desmonta una a una varias emociones (la ira y la calma, el amor y el odio, el temor y la confianza, la vergüenza y la desvergüenza, la generalidad, la compasión, la indignación, la envidia, la emulación) con el objetivo de reconocer sus elementos constitutivos; estos elementos constitutivos son creencias. Por ejemplo, sostiene que la ira sólo surge como consecuencia de sufrir algún tipo de desprecio intencional e injusto. Hay aquí, entonces, un modelo de explicación causal de las emociones, donde uno tiene las emociones que tiene como consecuencia de ciertas acciones realizadas sobre uno desde el exterior, pero, sobre todo, como consecuencia de la interpretación que uno tiene de tales acciones y tales acontecimientos. Se mantiene la idea de que las emociones proceden siempre desde el exterior movilizándonos internamente, aunque en este caso el exterior no son los dioses sino las circunstancias de la vida y nuestros vínculos con otros seres humanos, pero la diferencia ahora es que lo que genera la emoción es la manera como nosotros interpretamos la causa exterior. En otras palabras, lo que desencadena una emoción no es la manera cómo son las cosas sino la interpretación que uno tiene de cómo son las cosas, y esto dependerá del tipo de creencias que tengamos. Además, Aristóteles parece haberse liberado de la idea griega homérica según la cual, ya que las emociones son producidas en el individuo por los dioses, uno no tiene responsabilidad en ellas ni libertad para modificarlas. Esto resulta claro porque para Aristóteles, uno está moralmente obligado a cultivar sus emociones, de la misma manera que está uno moralmente obligado a *cultivar* sus creencias. Lo segundo se logra educándose en la filosofía (en el conocimiento), lo primero se logra haciendo uso de la filosofía para efectuar una *therapeía tes psychés*.

Aristóteles defiende la tesis de que, ya que las emociones contienen estructuras cognitivas, al poder la argumentación modificar nuestras creencias, está en capacidad de modificar también y cultivar nuestras emociones. El punto que Aristóteles subraya es que lo que desata emociones es la manera como vemos las cosas, no las cosas mismas; es nuestra perspectiva de la realidad, no la realidad *per se*. Para Aristóteles, las creencias son tan esenciales a las emociones que el criterio de individuación de emociones es precisamente las creencias que son características de ellas. Así por ejemplo, la diferencia entre miedo y pena radica en que en el primer caso uno cree que le puede sobrevenir un gran daño, mientras en el segundo caso uno cree que ya ha sobrevenido, a él mismo o a otra persona, un gran daño.

De hecho, Aristóteles sostiene una versión de lo que hoy se llamaría una teoría causal de las emociones, tal que afirmaría que es condición suficiente el

que uno tenga cierta creencia (por ejemplo que nos sobrevendrá un gran daño), para que tengamos cierta emoción (por ejemplo miedo). Esta es condición suficiente aunque no necesaria, porque uno podría tener la emoción (por ejemplo el miedo) sin que esté presente la creencia en cuestión, como por ejemplo en los casos de ansiedad generalizada o injustificada; aunque también podría sostenerse que en esos casos sí hay algún tipo de creencia inconsciente respecto de algún daño en ciernes. Aristóteles admite la posibilidad de tener creencias que transitoriamente “hemos olvidado”, pero que siguen actuando en nuestro comportamiento, con lo cual intuye de una manera bastante temprana el concepto de inconsciente.

La teoría aristotélica de las emociones es un tipo de teoría causal porque sostiene que las emociones son causadas por ciertas creencias. Pero no se trataría de creencias de cualquier tipo, sino de aquellas que confieren una especial significación a ciertos objetos del mundo exterior, es decir, son creencias que comportan un fuerte elemento valorativo y normativo. El elemento normativo radica en que es normal pero además *correcto* tener ciertas emociones ante ciertas circunstancias (por ejemplo, miedo, horror o ira si nuestra familia está en peligro), lo cual además sería parte de la vida virtuosa. Es decir, podría sospecharse de una persona que careciera de tales emociones en esas circunstancias.

Así pues, para Aristóteles las emociones son estructuras de la personalidad que tienen las características de ser racionales, cognitivas (están integradas con creencias), epistémicas (producen conocimiento) y valorativas (incorporan una calificación o un juicio de estimación acerca de la realidad).

Por otra parte, parece haber en Aristóteles un presupuesto universalista. No lo sostiene, pero da la impresión clara de que asume que su análisis de las emociones vale para todos los hombres y no sólo para los griegos, esta es, en general, una posición que él suele tener pero sobre lo que es difícil internarse porque los actuales problemas filosóficos de la interculturalidad y la alteridad eran totalmente ajenos a los griegos, quienes eran fundamentalmente etnocentristas y consideraban bárbaros a todos los que no fuesen como ellos.

Uno podría preguntarse si el análisis Aristotélico de las emociones no es algo esquemático, pero no porque su descripción de las emociones no haya sido suficientemente complejo, sino porque en su época la experiencia que la gente tenía de sus emociones era así de esquemática. Por ejemplo, Aristóteles dice que no se puede sentir ira y miedo al mismo tiempo (*Retórica*, 379 a 35). ¿Es que Aristóteles está subestimando la complejidad del asunto, o en el siglo III a.C. la manera como la cultura griega entendía la ira y el miedo hacía que la experiencia fenoménica que los griegos tenían de estas emociones fuese excluyente? Este es un problema difícil de resolver, porque requeriría de contestar una pregunta previa, que es esta: Cuando exponemos la manera como una sociedad o una cultura clasificaba o describía las emociones, ¿estamos solamente exponiendo la manera como ellos las veían y consideraban, o también la manera como ellos las

experimentaban y las sentían? Lo más probable es que sea lo segundo. Podría sostenerse que las experiencias fenoménicas que tenemos de las emociones, *i.e.*, los *qualia* dependen de nuestras categorías culturales, las que se expresan en nuestro lenguaje y en el tipo de descripciones que hacemos de nuestros estados mentales. Con lo cual, el análisis del discurso con el que hablamos de las emociones ilumina no sólo la manera como ellas han sido entendidas en distintos momentos de nuestra historia, sino además ilumina la forma como estas emociones han sido experimentadas por las personas.

Pero volvamos ahora al aspecto terapéutico de la teoría aristotélica acerca de las emociones. Para él, como para los filósofos del período helenístico, la filosofía era también (aunque no solamente) un cierto tipo de *terapia*, es decir, un cierto cuidado o transformación interior, relativo a nuestras creencias, deseos, emociones, sentimientos, etc., mediante el uso de la argumentación. Como hemos visto, Aristóteles, no entendía las emociones como fuerzas ciegas provenientes del exterior, sino como elementos de la personalidad estructurados cognitivamente. Por otra parte, Aristóteles creía en la necesidad de *cultivar* nuestras emociones como una tarea ética propia de la vida virtuosa (la vida excelente, la que merece la pena de ser vivida).

Así como las creencias deben ser educadas y cultivadas, las emociones también deben serlo para que sean parte de una vida virtuosa. Educar las emociones significa poder reconocer cuáles son las emociones apropiadas para cada circunstancia; pero como además las emociones comportan elementos valorativos, educarlas implica dar el valor apropiado a las cosas. Así pues, un análisis completamente racional y no emocional de alguna situación sería imposible, pero además sería indeseable y poco virtuoso; intentar evitar el ámbito emocional implicaría, dejar de ver ciertos aspectos importantes de la realidad. Ese es el sentido en que las emociones son también instrumentos de conocimiento de la realidad exterior pero también de uno mismo. Más adelante se desarrollará largamente la idea de que las emociones son formas de conocimiento interior.

El cargo que sospecho se le puede hacer a Aristóteles es que él carece de una teoría elaborada de la creencia, lo que es particularmente grave dada la importancia que este concepto tiene en su teoría de las emociones. De hecho, él sugiere que la creencia está de alguna manera vinculada con la acción, pero no hay un mayor desarrollo de esa conexión. Este es un punto central sobre el que después otros filósofos volverán, especialmente Hume y, mucho más adelante, la tradición pragmatista americana, que entenderá la creencia como inseparable del comportamiento, como una disposición para la acción.

Ahora deberemos preguntarnos qué suerte corre la teoría de las emociones en el mundo antiguo posterior a Aristóteles. Aristóteles muere el año 322 a.C. Un año antes, el verano del 323 a.C. había muerto Alejandro Magno. Estas dos muertes significan el fin del período griego clásico y el comienzo del período helenístico: una época caracterizada por una gran heterogeneidad política y

cultural (en gran medida como consecuencia del desmembramiento del imperio de Alejandro), sólo unificada por la lengua griega, por lo que esta época recibe el nombre de helenística.

El estoicismo floreció desde más o menos el siglo II a.C hasta el II d.C. En lo relativo a nuestro tema, el más temprano de los estoicos, Crisipo, pensaba que las emociones no son otra cosa que creencias radicalizadas, desbordadas o excesivas. Su razonamiento era el siguiente: si uno retira de una emoción todo el elemento fisiológico (las palpitaciones, el sudor, el temblor, etc.), no queda sino un conjunto de creencias. Ellos pensaban que hay cuatro creencias básicas: deseo, miedo, placer y dolor y las emociones son combinaciones de esas cuatro creencias básicas en intensidades extremas.

Crisipo escribió un libro titulado *Terapia y Ética*, en el que se proponía sugerir una manera de *curar* (cuidar, cultivar) las emociones. Su estrategia es precisamente quitar a las emociones el carácter excesivo, el desborde fisiológico, con lo cual estaríamos convirtiéndolas nuevamente en creencias “racionales”, es decir, no desbordadas. De ahí que el modelo de la virtud para los estoicos haya sido la vida racional, austera, apacible y equilibrada, es decir, la vida no emocional. Sostenía Crisipo que la vida virtuosa es *apathés*, es decir, apática, desapasionada. Se verá que en este punto hay una suerte de retorno a posiciones prearistotélicas, y es interesante ver cómo estas concepciones estoicas se entroncan con el cristianismo en lo correspondiente a la interpretación de las pasiones como incluyendo siempre un elemento de desborde. ¿Pero en qué sentido es que estas creencias se radicalizan? En el sentido en que al volverse excesivas contravienen los dictados de la razón correcta. Esto ocurre por ejemplo cuando uno se obsesiona por algo que es básicamente verdadero, placentero, adecuado o justo, pero de una manera tal que resulta excesivo. Así podría ocurrir por ejemplo, para los estoicos, con el amor, la ira, la pena, etc. Entonces, según ellos, una creencia que puede ser básicamente racional y verdadera, al radicalizarse se convierte en una emoción, la cual termina generando comportamientos desbordados y, por tanto, irracionales e inapropiados.

No todos los estoicos coincidían en las causas de estos desbordes de creencias. Crisipo pensaba que era el carácter débil, pero Posidonio (según Galeno), creía más bien que se trataba de un lado irracional del alma, con lo cual se menciona nuevamente un cierto desdoblamiento del alma (lo que hoy se llamaría la división de la mente) para explicar el comportamiento en contra de nuestro mejor juicio. Epicuro, que no era propiamente un estoico pero vivió en la misma época, sostenía que las emociones no son creencias radicalizadas sino sentimientos radicalizados, en base a los dos sentimientos básicos, que son el placer y el dolor. Pero Epicuro también pensaba que el objetivo de la vida virtuosa es acceder a la ataraxia, que sería una suerte de vida tranquila y sin preocupaciones, para lo cual es necesario primero *curar* las emociones, es decir, revertirlas en sentimientos tranquilos.

Pero ahora volvamos brevemente a Aristóteles para considerar su concepción de las relaciones entre la mente y el cuerpo. Aristóteles afirma que las emociones pueden ser vistas bajo dos descripciones o, en virtud de dos aspectos: el dialéctico las verá y explicará en términos causales como producto de una interpretación del mundo que hace el sujeto de la emoción, mientras que el físico las explicará como un determinado trastorno fisiológico del cuerpo, y ambas explicaciones serán, a su modo, correctas. Esto es sumamente interesante, porque ilustra la manera como Aristóteles veía las relaciones entre cuerpo y alma. Aristóteles no era un dualista, como Platón o Descartes, ni un materialista reductivista como Marx o los Churchland. Si hubiera que emplear una etiqueta para explicar qué era Aristóteles, quizá lo mejor sería decir que él era, como Spinoza, Strawson o Davidson, un defensor de lo que hoy se llama un monismo de aspecto dual.

Según esta posición, lo psicológico y lo físico son dos posibles descripciones que podemos hacer de un ser humano. No es que uno sea un compuesto de cuerpo y alma; uno es una cierta realidad que puede ser vista y estudiada por los médicos y físicos, empleando un vocabulario físico, o puede ser vista y estudiada por los psicólogos, psicoanalistas y por las demás ciencias humanas empleando un lenguaje intencional. Los médicos llamarán a su objeto de estudio “el cuerpo”, los psicólogos llamarán a su objeto de estudio “la mente”, pero en el fondo estamos hablando de la misma realidad, que es como si tuviera dos aspectos o dos formas de mostrarse o, mejor, es como si pudiéramos describirla de dos formas diferentes. Aristóteles no es un materialista porque no está diciendo que lo que en realidad existe es el cuerpo y la mente es sólo un epifenómeno reducible al cuerpo. Tampoco está diciendo, como los eliminativistas de hoy, que la mente es el nombre que le ponemos al cerebro cuando no sabemos cómo funciona. Lo que dice Aristóteles es que somos personas que tenemos la posibilidad de ser vistas como objetos físicos sometidos a las características del cosmos, o como agentes intencionales dotados de voluntad, libertad, responsabilidad moral, y estados mentales conscientes.

Estos dos proyectos, la integración de lo racional y lo emocional, y la superación del dualismo y el materialismo en una forma de monismo de aspecto dual, pueden ser encontrados en Aristóteles. Ambos son no sólo vigentes sino incluso centrales en las reflexiones actuales en filosofía de la mente, psicoanálisis y neurociencias